

DE BUENAS LETRAS

Palabras para Elena

ROSAURA ÁLVAREZ

DE LA ACADEMIA DE BUENAS LETRAS DE GRANADA

Sabemos que la voz del poeta es siempre veladura, aunque nos toque el corazón. La voz se posa y hasta reposa, mas nunca es clarividencia. Pero no es menos cierto que nos abre ámbitos de plenitud por no sé qué sabrosos entresijos. Dicho Elenamente: «Puente hacia un paraíso del verbo presentido».

Ese «paraíso del verbo» que ahora Elena sobrevive plena, entre tanto hálito y tanto pecho de tanto artista. Elena en su tiempo se alzó magistral sobre nuestras cabezas y dobló con su voz el sentir de una juventud sin distinción de ideología o género. Fue para mí, fue para muchos de los que hemos hecho vida del arte, luz diáfana, hada madrina. Y, no obstante, fuera del círculo de poetas amigos o críticos cercanos, verdaderos conocedores de su obra, por motivos inexplicables, no tuvo el amplio eco que le correspondiera hasta bien tardíamente –tesis, traducciones etc.–.

Pero para sus lectores, ¿qué tenía la voz de Elena para tanto arraigo, fervor? La voz de Elena era auténtica. En mi acepción del término, significa escuchar el hontanar

más intrínseco y ser fiel a él, más allá de modas, oportunidades, decepciones. Elena, amable, sencilla, decía lo que quería decir. Elena, era Elena –de ahí su difícil encasillamiento–. Y este ser artístico, que supone desnudez, sentir abierta la llaga del pudor, entiendo que es camino inexcusable para la autenticidad lírica: «Que un relámpago deja vislumbrar las que fueran / noches de una esperanza, / días de llanto y lluvia».

En las muchas horas de diálogo que, en la amargura del declive, compartí con ella, conocí el hondón de una Elena libre, de lúcida inteligencia, de espíritu exquisito hasta el último instante, de su cultura tamizada con fino tacto crítico, su conocimiento de las disciplinas clásicas, de los clásicos, de la literatura española, europea... Sus lecturas iban desde varios periódicos al día, hasta lo último publicado con bondad literaria. Y con aquel su maternal cariño recortaba del periódico los artículos que podían interesarnos; para Marite los de pintura, para mí los literarios, y cuidadosamente los metía en sobre reutilizado con

nuestro nombre. Luego nos lo entregaba con dulce gesto, como si regalara amarillas rosas. ¡Qué sufrimiento el suyo cuando sus ojos ya no respondían! «Rosaura, los oculistas no aciertan» y gafas por todas partes, y lupas. Con la ventaja del insomne, solía leer en la cama, hasta que ya no pudo. Y día tras día, algunas tardes en el Alhambra Palace, alguna mañana en Los Mártires, otras en mi carmen, las más en su salita de estar, pude vislumbrar su ser, su finura extrema; ese ser que ni siquiera el propio artista conoce, pero presente.

«Su voz no es sólo eco de palabras dormidas. [...] /No es. Pero está cerca –de tan inmenso y lejos–».

La vida de Elena no tiene episodios novelescos, no tiene apenas episodios. Sólo uno que destaque por su total entrega: escribir. Me vienen a la memoria, recordando un autorretrato de Juan-Ramón, varias aseveraciones que perfilan igualmente la figura de Elena: «Que mi vida es una síntesis y que mi escritura es una síntesis de mi vida y de toda la poesía anterior a mí, que es una síntesis de la vida».

Llegada la soledad extrema del desvalimiento, se expresa con aquellas frases desgarradas: «Hoy sólo sombras luchan en mi frente».

Mas un rayo de luz, sobrepasa su tiniebla. Elena creía en la inmortalidad. «¿Dónde estará mi noche? / Puerta-espejo, ese túnel, señalado camino, /para llegar sin miedo hasta el recóndito/ lugar donde aguardara luz y vida».

Elena era. Elena es, hoy eternizada por su superior aliento: su arte.